

# *La actitud*

de modernidad en el pensamiento de Foucault.

*Francisco Rodríguez*

FACES – UCV

La modernidad como estilo de pensamiento propio de una época histórica ha sido sometida al fuego de críticas provenientes de diversas fuentes. No obstante, todas las posiciones coinciden en una crítica fundamental en términos de lo que constituye el fracaso de la empresa que se propuso la salvación de la humanidad en nombre de la razón. Todo un proyecto de salvación del hombre como ser histórico (a diferencia de la salvación metafísica del cristianismo) hacía de la capacidad del juicio crítico para trascender las condiciones que lo mantenían en una situación de bloqueo del desarrollo, la condición de posibilidad por excelencia para su realización. De esta manera el sujeto que realiza esta empresa es un sujeto trascendental en tanto es capaz por sí mismo dadas algunas condiciones que son universales a todo hombre de superar “heroicamente” el estado de dependencia con respecto a poderes y exterioridades alienantes. Se trata de un sujeto pleno y monolítico que realiza autónomamente la experiencia de su propia emancipación confiado en la crítica como estrategia de relaciones transparentes con lo real, con los otros y con el sí mismo. Y esta propiedad de ser un sujeto transparente que da cuenta de todo lo existente pero sobre todo de sí mismo, es posible porque la subjetividad es una estructura que se agota en la forma de un yo racional monológicamente estructurado. Lo que hay que hacer entonces es un esfuerzo de ejercicio racional que permita el acceso a la conciencia en términos de conocimiento de esas condiciones

universales que determinan la relación del pensamiento con lo real. Este sujeto de la crítica que es un “ser de sí consciente, omniconsciente” (1), “sujeto de saber absoluto” en Hegel, es ante todo una entidad unitaria y eso es una condición que permite el pasaje del saber a la verdad.

Desde Freud sabemos que el sujeto así definido constituye tanto por la opacidad del inconsciente como por el lenguaje, el “otro” y el deseo; que es siempre el deseo del otro. De tal manera que lo que podríamos registrar como “procesos coherentes” para referirnos al yo, no es más que un mero efecto de superficie cuya analogía podría establecerse con la parte visible del iceberg. De esto resulta un sujeto fracturado, opaco y siempre heterónomamente constituido por fuerzas de las cuales incluso ni siquiera tiene noticias.

Desde Nietzsche hasta Foucault sabemos que esas fuerzas que constituyen y determinan al sujeto puede ser definidas en términos de poder. Mas este poder no es ni con mucho el poder del estado o de aparatos ni siquiera el de clases sociales; es primordialmente y ante todo poder que produce modos de subjetivación del individuo y de objetivación del hombre como tal. Poder que desde los pequeños espacios produce juegos de verdad, subjetividades, dominios de objeto y de experiencias (la locura por ejemplo). Voluntad de verdad que está vinculada con la voluntad de saber que a su vez es subsidiaria de una voluntad de poder que individualiza, objetiva y produce la normalización de los cuerpos, estableciendo estructuras de biopoder a través de técnicas disciplinarias fundamentadas en la razón. Esta razón narcisista que postula el paradigma de un sujeto tipo “yo la verdad hablo” deviene en mera racionalidad instrumental que se resuelve en la realización de una cierta voluntad de poder cuya lógica de funcionamiento es la conversión de hombres en sujetos para luego reducirlos a la condición de objetos. La razón deviene así en un mero proceso (en el más puro sentido weberiano) de racionalización que en el caso del espacio médico por ejemplo se traduce en un proceso de medicalización del cuerpo y de la subjetividad a partir de la razón médico-psiquiátrica. Esta razón médico-psiquiátrica se constituye como técnica de poder y del sí mismo proceso de normalización que definen sus dominios de objeto y de experiencia en términos de: sano / enfermo, loco / normal, adaptado / inadaptado, autosuficiente / dependiente, exclusión / inclusión.

No obstante, el poder como principio de exclusión por excelencia adquiere a partir de un momento en el desarrollo de la obra de Foucault, un cierto carácter positivo; ahora el poder constituye espacios, incita a la producción de discursos sobre diversos objetos como la sexualidad por

ejemplo y permite que algunos grupos como la burguesía se constituyan no sólo como clase dominante sino también como grupo en sí. Pierde así el poder su carácter esencialmente negativo para adquirir también una connotación positiva. Por otra parte la crítica a la razón tiene que ver con una utopía que deviene en dispositivos de poder y de saber que actúan primordialmente desde la subjetividad constituyéndola desde el lugar de la objetivación. Así se constituyen sujetos que son individualizados, observados, clasificados; para ser controlados y normalizados. El objetivo final del poder es el cuerpo que es convertido en objeto para el logro de su control a partir de su incorporación a un determinado dispositivo de poder y saber. La pastoral de la carne se resuelve en un proceso de racionalización objetivante del cuerpo.

En atención a esta posición críticamente devastadora de la modernidad, Habermas afirma que existen aporías en el discurso de Foucault puesto que éste hace un desmontaje de la razón desde el estatuto de la razón misma; es decir desde la crítica.

Esta afirmación habermasiana pudiera de alguna manera conectarse con una reflexión con matices un tanto diferenciales como la que Foucault hace en el texto *¿Qué es la Ilustración?*. Me parece que en este texto Foucault somete a un proceso de atemperamiento sus posiciones anteriores de crítica radical ante la modernidad estableciendo un trato con ella para negociar en la forma más equitativa posible. Así en esencia el texto de Kant para Foucault es susceptible de ser reconocido como un esbozo de lo que podría ser definido como "la actitud de modernidad". Ésta puede ser interpretada en términos de un "ethos" que como tal implica una reflexión "sobre nosotros mismos por nosotros mismos". "La actitud de modernidad", contendría pues a partir de la ilustración un núcleo de racionalidad "que problematiza de modo simultáneo, la relación con el presente; el modo de ser histórico y la constitución de sí mismo como sujeto autónomo". Se trata de una actitud crítica de nosotros mismos como seres históricamente determinados con una capacidad "para la constitución de nosotros mismos como sujetos autónomos"(2). No obstante, Foucault tiene la precaución de definir su ontología histórica como una actitud límite, lo cual toma distancia explícitamente de una crítica trascendental. Esta empresa no consiste en definir estructuras de carácter universal que establezcan las limitaciones más allá de las cuales no se debe ir, sino en una actitud que indaga históricamente por "los eventos que nos han llevados a constituirnos y a reconocernos como sujetos de lo que hacemos, pensamos y decimos" (3), para transgredir esas fronteras tratando de ir en contra de los modos de subjetivación establecidos.

Sin embargo, la ontología histórico-crítica de nosotros mismos que pregunta por el espacio que lo contingente, lo singular y lo arbitrario tienen en el marco de lo universal, obligatorio y necesario, es posible, en una actitud que como la de la modernidad se pregunta acerca del presente, del modo de constituirnos como seres históricos y como sujetos autónomos. En todo caso, existirían problemas matrices que serían resueltos de manera diferente tanto en Kant como en Foucault; pero de todas maneras estaríamos tratando con un modo de plantear interrogantes que subyacen tanto a uno como a otro y que sería lo que el autor define como "Actitud de Modernidad". Ese núcleo esencial de problematización que indaga por el presente en actitud reflexiva, por el hombre como ser históricamente constituido y por la manera como nos constituimos como sujetos autónomos, envuelve un imperativo categórico ético: se trata de atravesarse a pensar y conocer para ir más allá de lo real establecido. Se trata del problema de la práctica de la libertad que se le plantea tanto a la modernidad como a Foucault.

A final de cuentas tanto Kant como Foucault se encuentran en un mismo plano de la reflexión que es esencialmente una reflexión ética: cómo hacer para el logro de la libertad. Me parece que en última reducción el modo de problematización de lo real humano-social a partir del poder como el a priori histórico por excelencia, implica en Foucault una demanda de apelación a lo ético: el poder está íntimamente vinculado con el problema de la libertad y la necesidad de trascender lo real establecido en función del logro de ésta.

De esta manera podemos afirmar que "la actitud de modernidad" involucra el planteamiento de problemas que son de validez éticamente universal para la humanidad en tanto tarea a realizar. De ninguna manera son sujeciones antropológicas sino que son imperativos éticos que demandan una ontología histórico-crítica de nosotros mismos.

### ***Bibliografía***

1. DELEUZE, Gilles: *Crítica y Clínica*. Anagrama. Barcelona. 1996.
2. FOUCAULT, Michel: *Tecnologías del Yo*. Barcelona. Ed. Paidós. 1990.
3. ————. *Historia de la Sexualidad*. Editorial s. XXI. México. 1985.
4. ————. *Actual*, N.º. 28, Abril. 1994. *Historia de la Locura en la Época Clásica*. Tomo I. Edit. F.C.E. México, 1986.
6. FREUD, Sigmund: *El Yo y El Ello*. Edit. Alianza. Madrid. 1980.
7. LACAN, Jacques: *Escritos 2*. Edit. S. XXI. México. 1985.

### **Notas**

1. LACAN, J. *Escrito 2*. S. XXI. México. 1985. Pp. 777 – 778
2. FOUCAULT, M. *¿Qué es la Ilustración?* Texto traducido por Jorge Dávila. ULA. Mérida. Revista actual N.º. 28. 1994. P. 16
3. IBIDEM. P. 21